



CAPITULO XXII

CONJURACIONES Y VENGANZAS

En un subterráneo, muy poco semejante á las Catacumbas, especie de colombario hundido en lo profundo, habíanse congregado al resplandor de siniestras antorchas, cuya luz humosa no podía sino difícilmente ahuyentar la caliginosísima noche que allí reinaba, muchos romanos del origen más alto y de la más conspicua posición. Presidiales una hermosa mujer, Epicaris, cortesana muy parecida por su gracia y por su entendimiento á las célebres griegas, que tanto influyeron sobre la cultura helena y parte tan principal tomaron en el cultivo de aquellas preciosas artes. Por lo recatadísimo y aun oculto de tal sitio, por lo receloso de las gentes allí reunidas, por las miradas que se cruzaban relampagueantes, por los hondos suspiros exhalados de sus pechos, por las actitudes recelosas que tomaban sus figuras parecidas á sombras, adivinábanse los objetos que allí los atraían, aun antes de proferir una sola palabra, pues únicamente sectas religiosas ó políticas de grandísima importancia, empeñadas en un apostolado condenable ó en una conjuración temeraria, se precaven de posibles daños con las precauciones allí vistas, bajando al seno de la noche perdurable y de los sepulcros vacíos para huir á la persecución y á los suplicios.

So la presidencia de musa como la que arriba hemos mencionado, celebraba una grande asociación de republicanos y estoicos misteriosas sesiones, preparatorias de un golpe revolucionario apercebido de antiguo contra la cabeza de Nerón, para que Roma pudiera ya redimirse, así de la dominación material del despotismo, como de la dominación moral del vicio y del placer. Contábanse allí filósofos, poetas, patricios, senadores, generales, hasta republicanos que pretendían renovar el mundo y hacer de Roma una ciudad capaz del gobierno de sí misma y dispuesta de suyo á prestar culto religioso al derecho y la libertad. Enumerando las calidades y profesiones de los allí reunidos, hemos casi enumerado las personas históricas componentes de tal asamblea: el estoico Séneca, el épico Lucano, el satírico Petronio, el patricio Pisón; Fenio, prefecto del Pretorio; Senecio y Natalio, del Pretorio también; un cónsul como Laterano, muchos otros pertenecientes á las más ricas y más poderosas clases de aquella deshonrada Roma. Desde luego había en los pocos allí congregados por desgracia dos partidos, los cuales con suma dificultad podían entenderse. El un partido aspiraba con empeño á mejorar el imperio, dándole por cabeza Pisón, de las más altas familias; el otro partido aspiraba con empeño también á destruir el imperio, reemplazándole con la república, institución destinada en su concepto á restaurar las viejas libertades históricas y devolver á cada ciudadano el honor con la libertad. A la cabeza de los que sólo querían mejorar el imperio, infundiéndole sangre novísima, se hallaba Séneca; y por lo contrario, Lucano, el cantor de la libertad, hallábase á la cabeza de los que pretendían estatuir una república en todas las viejas tradiciones, fundada y dirigida por el patriciado. Imposible, aunque Nerón diera suelta con liberalidad á todos los escritores y se conformara sin escrúpulo con las alusiones más sangrientas y con los libelos más escandalosos, imposible intentar nada en público para mejora de las instituciones: allí no había ley realmente ninguna, sino la voluntad omnímota y completa del soberano, quien lo consentía todo y todo lo toleraba, menos un atentado á la integridad completa del poder suyo y á su libre desembarazado ejercicio. Así tenían que preservarse los conjurados á todo contacto con el externo aire y con la luz diurna, encerrándose dentro de sepulcros abandonados, muy numerosos bajo el

suelo de Roma, y desconocidos por olvidados, como únicamente accesibles á las salvajes é indómitas alimañas del campo. Así parecía que los conjurados iban allí á enterrarse para salir como redi-vivos al combate y ganar algo superior á la vida y mucho más valioso que la vida, su amada libertad. Por tanto, después de haber ido cada cual de un lado, siguiendo vías misteriosas, y cerciorándose todos de que nadie los seguía, comenzaron á darse cuenta de los móviles que les habían impulsado á resoluciones tan supremas y á temeridades tan extraordinarias como las que acometían en aquel momento, concentrando sus cóleras entre el abismo callado y tenebroso para estallar bajo el trono de Nerón y hacerlo saltar en pedazos. Epicaris, que presidía, fué pidiendo á cada cual sus motivos de quejas con el tirano y sus proyectos contra éste, para más comprometerlos á todos en su contra y mayor aliento prestar á las pasiones de odio que allí se condensaban, próximas á un estallido que recordaba las erupciones del Etna.

— Yo había soñado — dijo — con una Roma que resucitase los tiempos de Pericles y en la cual pudiéramos pensar y hablar como hablaba y como pensaba Platón, y me hallo con una Roma presidida por feroz tigre, únicamente ocupado en devorar las carnes y en beberse la sangre de los misérrimos romanos. En vez de aquellas academias presididas por el artista con corona que intentaba resucitar los antiguos tiempos helénicos, nos hemos encontrado con un antropófago que nos oprime y nos deshonra. Yo creo no estar reñido el temperamento de Bruto con mi débil sexo. Yo, si no hay quien remate al tirano, juro ahora mismo tomar el puñal de Harmodio y clavárselo en las entrañas. Creed en mi decisión y en mi fortaleza.

— Nadie tan extraño — dijo Séneca — cual yo, en este sitio, ni tan extrañado ciertamente de haber en él caído. Básteos saber que no recurro á tal extremidad sino después de haber sentido una desesperación sin límites y pagádole á Nerón todas cuantas deudas con él tenía contraídas. Ministro suyo tres consecutivos lustros, no podía separarme de su persona sino separándome hasta cierto punto de mí propio. Heme separado con dolor sumo, es verdad, pero con resolución irrevocable de no readherirme ni á su causa, ni menos á su persona. Por esta razón he ido ayer á verle tras un largo aparta-

miento del palacio, y díchole como no podía en adelante contar para cosa ninguna con su viejo preceptor y ministro. A los beneficios suyos el agradecimiento mío no tiene límites. Pero mi obligación para con él estaba en potencia de crecer, si podía permitirme lo que su abuelo Augusto permitió á Mecenas y Agripa, un modesto retiro. Tus dones — le añadí — exceden mucho á mis méritos, y tu favor, como el cielo, no tiene una extensión y una profundidad conocidas. Pero hay favores que pueden ser devueltos y favores que no pueden ser devueltos jamás. ¿Cómo te devolvería yo la gracia con que mantuviste mi vida y la misericordia con que levantaste mis destierros? Amén de todo esto, ¿cómo pagarte que hayas hecho de un extranjero proveniente del ocaso, un ministro á quien has puesto sobre las gradas de tu trono y en el cenit de tu gloria? Un príncipe no puede hacer más por sus súbditos, ni un súbdito más aceptar de su príncipe. Pero, entre lo aceptado, algo hay que puede con facilidad y diligencia devolverse, los dones tangibles con que has enriquecido mi hogar y aumentado mi fortuna. Como pudiste dárme los, pudiste quitármelos. Tú quieres que yo los guarde y tú debes desear en ellos reintegrarte. Quitame tal peso de los hombros. Declárate de nuevo su propietario y déjame tan sólo aquella cantidad que represente como el pan diario mío y que sea para la conservación de mi vida como el aire por mí respirable. Cuantos cuidados presto á mi fortuna, los prestaré, así que te incautes tú de ella, los prestaré por completo á mi alma. No saldré sino desnudo del palacio.

— ¿Y qué respondió Nerón á tus palabras? — preguntó Epicaris.

— Contestó — dijo Séneca — rehusando la devolución. Cerró los oídos á los encarecimientos de sus dones y de mi fortuna. Díjome que cualquier liberto me sobrepujaba en bienes, y dolióse de que siendo yo el primero en su favor, no lo fuera en sus dones también. Y coronó todas estas graciosidades rogándome no le abandonara, pues yo tengo edad aún de servirle y no tiene á su vez él edad de quedarse completamente abandonado y solo. Dicho esto, no se contentó el cuitadísimo con las palabras, apeló á los actos, abrazándome y besándome con la efusión y alegría con que un hijo pudiese abrazar y besar á su padre. Pero hacía mucho tiempo que á su pa-

lacio no iba yo, y por este respecto de mi ausencia no me dijo una sola palabra, cual si apenas lo hubiese notado: triste omisión reveladora del odio en sus entrañas latente y mal simulado por sus gestos y por sus frases. Yo me creí, desde aquel punto, desligado de su persona y ligado con las vuestras. No puedo rescatarme ante la conciencia y ante la historia del monstruo dado á Roma en mi vida, sino haciendo lo posible para encontrar en el exterminio de tal monstruo la muerte. ¡Morir! Último acto de la vida y el mayor y el más solemne y el más vital. Nuestro mundo no valdría la pena de habitado, si bajo él no se dilatara la muerte; y esta vida nuestra no valdría la pena de vivirse, si no desembocara en la eternidad. Nada se renovarí en el suelo, si la renovación universal no estuviese fiada por completo al paso desde nuestro mundo á otro mundo mejor y si el organismo nuestro no hubiese de atravesar por aquellas transformaciones que forman como una escala suspensa entre dos abismos y conducente desde lo más hondo y lo más bajo á las alturas y cumbres de lo infinito. Yo no vengo á matar, vengo á morir. Yo no busco en vuestro seno una victoria inútil, busco una muerte honrosa. No ignoro cuántas responsabilidades me pedirá la historia; no aspiro á redimirme, aspiro á excusarme. Aunque coadyuve con todas mis fuerzas al debido logro de lo que deseáis, mi triunfo está en vuestro voto. Yo no hallo á mis remordimientos ningún otro bálsamo que un perdurable sueño, en el cual no se reparen mis fuerzas, pero se repare mi memoria. Mi puesto está en el sepulcro. Lo que quiero es requerirlo con justificación y hallarlo con gloria. Podéis ó no nacer, pero hay necesidad imprescindible de morir. Pues muramos en la razón y en la justicia, muramos en Dios. Este cuerpo que veis, sólo es una imagen, y así le tengo en menos estima que la estatua esculpida por un artista en mi honra. Sus carnes no hacen otra cosa en suma que obscurecer mi alma. Sus huesos me parecen como una cadena que se ha metido en sus senos. Ya pueden quemar la carne, de sus carbones levantarse como un aroma el alma; ya pueden romper los huesos, de sus fragmentos saldrá mi libertad. Yo quiero sacudirme la ceniza de que mi cuerpo se formara, el polvo de los caminos que dan en la inmortalidad. Ansioso de saber, he leído cuantos libros á mano encontrara, é interrogado á cuantos maestros poseen la clave del

misterio aquí en la tierra; pero hay una ciencia, de cuyos principios no puede uno informarse con certitud hasta que ha para siempre soldado su cuerpo en el campo de batalla y subido en alas de las ideas como un puro espíritu á la eternidad celeste, desde cuyas cumbres todo se descubre y todo se abraza; la ciencia del Universo, naturalmente obligado á no tener nada oculto para los espíritus bienaventurados, si han ido á su seno con las señales de redención que consigo traen una muerte de mártir, aquistada por un esfuerzo heroico en favor de la justicia.

— Tus palabras, ¡oh Séneca!, trascienden — dijo Epicaris — á fortaleza estoica, pero también á desesperación irremediable. No se trata de morir; se trata de vencer. Si por anteposición admitimos la derrota, no hay que aguardar esfuerzo alguno de nadie á favor de la victoria. Yo me las prometo muy felices. Puedo echarle á Nerón encima la flota del Miseno que ha constituido hace tiempo la deshonrosa y deshonrada guardia de sus crímenes. Hoy mismo yo sola me partiré á Bayas, donde hay materia dispuesta de suyo á la rebelión y al combate. Entregada yo desde hace tiempo al culto de la libertad, no siento en mis carnes aguijón alguno que al placer me impulse, mientras siento muchos que me impulsan al combate. Comenzaré por hablar á los jefes aquellos del deber con la ciudad á que todos estamos obligados; pero si desoyesen mi voz, oirían mis halagos, pues á todo estoy resuelta. Gobierna la escuadra hoy Próculo, y no podrá faltarme. Herido por las ingratitudes neronianas, acaricia el desquite y pretendo tomárselo enterísimo y ruidoso. Después de haber contribuido en parte principal y término primero á cosa tan difícil como el rescate de las manos de Agripina, que sin él nunca obtuviera Nerón, lo condena tristemente á un olvido ingrato. Pues ya se acordará el emperador de quién sea Próculo y ya llorará con lágrimas de sangre lo desmemoriado é ingratisimo que tiene su perverso corazón. Dejad á mi cuidado la escuadra y estad ciertos de que ni un día permanece Nerón en el trono cuando sepa que Próculo se ha levantado contra su poder en el Miseno. Doy por testigo al tiempo. Fiaos por completo de mi audacia, que no excluye la prudencia.

— Acuérdate — dijo Lucano — de cómo murieron el mártir Marco Bruto y la no menos mártir Porcia, su esposa fidelísima. Bajo

unos árboles muy verdes, junto á un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa, el representante de la República miró frente á frente su mortal agonía y su próximo traspaso del mundo este á otro mundo mejor. Tendióse por tierra y comenzó á dar alaridos en justo duelo por sus compañeros mártires. A fuer de valeroso aquel hombre no se contentó con llorar á los suyos, maldijo á los contrarios, llamando sobre sus cabezas la pena del talión. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los enemigos con ella, muy anhelosos por coger la mejor de sus presas, el representante último de la libertad y de la república. Como se oyera la palabra huyamos, frecuentísima en todos los pánicos, Bruto aseguró que pensaba huir, sí, mas no por medio de los pies, por medio de las manos. Entonces ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían astros innumerables y quizás innumerables aerolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto mucho más que la indiferencia del pueblo. La república se acababa, y lucían los astros con claridad nueva, y se transparentaba el cielo en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y de amor. Viéndolo todo sonriente y armonioso en torno de su dolor, lanzó una terrible y desesperada negación á la virtud, y se arrojó sobre su espada, puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, lo mató en aquel supremo y fatídico minuto. Antonio mandó el cuerpo á su madre Servilia, ceñido en sudario de púrpura y rogándole que le diese digna sepultura. Servilia lo enterró con arreglo á todos los ritos romanos. Mientras duraron estos ritos, Porcia cumplió con fidelidad sus deberes litúrgicos de viuda. Tuvo el muerto las lágrimas y las oraciones que deben acompañar á los cadáveres y que deben servir á los manes. Pero la violencia caracterizó aquella complexión de mujer. Por consiguiente, no creyó cumplidos todos sus deberes con regar de lágrimas y envolver en ora-

ciones los restos de su esposo. A la hija de Catón, á la mujer de Bruto, le atañían otras obligaciones. No se juzgaba digna de haber vivido con ellos si no acababa como ellos. Si á lo menos la muerte de ambos resultara próspera y fecunda; si con su inmolación cruenta consiguieran salvar libertad y república, todavía le tocaba vivir para verlos idolatrados por su pueblo y circuidos en justicia de la universal admiración. Pero las nuevas leyes los declaraban reos, y el pueblo no volvía por su virtud, ni siquiera tras haber visto que por el pueblo y para el pueblo habían los dos inmolado voluntariamente su vida. El afecto á todas estas reflexiones profundas consiguiente, debía ser un afecto de odio invencible hacia un mundo caído en tales injusticias. El propósito de un suicidio como el suicidio de Catón, como el suicidio de Bruto, se apoderó de aquella mujer, quien sólo muriendo se creía digna de llamarse hija del uno, esposa del otro. Pero Servilia, en cuyo espíritu el epicureismo casi nativo y el apego á las ideas cesaristas engendraran un deseo de vivir, que ciertamente la llevó hasta los cien años, no quería este duelo más en su vida y este remordimiento más en su conciencia. Púsole á su nuera una legión de atentas esclavas, á quienes encargó seguirla y vigilarla noche y día con el fin de impedir aquel innecesario suicidio. Mas Porcia heredó, entre las cualidades catonianas suyas, no solamente la resolución firmísima, la tenacidad en sus resoluciones. A mayor abundamiento, el más joven y último de sus hermanos acababa de morir en Filippos defendiendo la causa de su pueblo y de su padre. Cuando entre los cadáveres que rodearon á Bruto en la hora última se hallaba un Catón, Porcia se creía obligada por todos los afectos humanos á seguir el ejemplo de los suyos, como esposa, hermana é hija. La República no cuenta entre sus innumerables mártires ninguno de la pureza que brilla en Porcia. Los repúblicos morían todos en el mundo antiguo así que moría su causa. Ella, rica, patricia, hermosa, joven, podía prometerse aún la consideración del mundo y los amores de otro esposo. Más fuerte que todos los varones á quienes imitaba, las precauciones seguidas para evitar el suicidio agravaron la pena de su agonía y el horror de su muerte. Porcia se mató sin piedad, tragándose unas brasas. Su alma es la nube más encendida y más bella que resplandece sobre los ocasos de la libertad y de la repú-